

AHORRAMAS QUE NUNCA

La situación del régimen franquista es, sin duda, cada día más grave. El proceso de desintegración...

EL HECHO de la SEMANA

El señor Luis Almaraz, obispo de León, metido a articulista, se aventura por los vericuetos filosóficos y habla del materialismo y el espiritualismo...

CUANDO las futuras generaciones lean la crónica que se ha escrito en esta década del siglo XX que ha pasado desde la terminación de la segunda guerra mundial...

POSTAL MADRIENA

Las inquietudes de la juventud. En esta España de mis amores, un resurgir esperanzador...

LA ACTUALIDAD COMENTADA

EEEMOS con verdadero placer la rúbrica que firmada por Antonio Vidal y con el título de «Pepitas al surco», viene apareciendo en ESPANA LIBRE...

El movimiento Nacional se hizo por Dios y por la Patria. Ha habido perdón. Mártires por la fe: perdón por la caridad...

Hay que salvar a los presos Capullo de rosa

COMO una piña de pétalos, frescos y gayos, que se acarician y bullen vibrando al lampo del otro, así veo allá hacia el mar...

LOS FUEROS DE LA VERDAD Los «Hijos de Papá» y otras cosas

CONSECUENCIA de apreciar las cosas de demasiado lejos, en nuestro semanario una crónica de París y otra de España sobre la situación argentina...

Carta de Nueva York LOS DIOS QUIEREN SACRIFICIOS

HABITUALMENTE, la salud de un hombre es motivo de preocupación para su familia y sus amigos...

NOTICIAS Y COMENTARIOS

UNA INSTITUCION ORTEGA Y CASSET, EN BUENOS AIRES. Buenos Aires, enero (OPE). Por un grupo de prestigiosos intelectuales argentinos ha sido constituida en Buenos Aires la Institución Ortega y Casset...





# DEL CARACTER ESPAÑOL INDIVIDUALISMO Y ANARQUISMO

— VI —

EL anarquismo, indígena y exótico, puede ser objeto de estudio desde el punto de vista de la historia y del significado del término: individualismo español. Sin definir éste, explicándonos, con la diferenciación, sus contradicciones, no hubiese sido posible diferenciar en el anarquismo lo que es tendencia biológica y lo que es abstracción doctrinal.

«Así como no conozco doctrina que más ahogue la individualidad que eso que, por antitesis tal vez, llaman individualismo, tampoco conozco credo que desconozca más la universalidad, la humanidad más bien que el credo cosmopolita al uso.» (Unamuno: «Contra esto y aquello.»)

## CARNE Y ESPIRITU

Si nos fuera dado elaborar un teorema acerca del carácter español lo denominaríamos: el determinismo de la antinomia y pudieran ser Mella, teórico del anarquismo dogmático y Unamuno, filósofo de la individualidad indómita, quienes respaldaran nuestros asertos. Importa más (hoy) de los hechos que de las opiniones: el movimiento Obrero y Libertario Español descubrió las edificantes coincidencias que pueda haber en el arsenal didáctico de supuestos adversarios, que consagrarse a la evangelización de añejos y extranjeros predicados. No propugnamos nacionalismo alguno; repudiamos a todos por igual. Pero, sin perder de vista que, en España, más que en ningún otro país, el anarquismo se compone en los fundamentos aspectos: teórico y ético; éste determinando aquél; mal que pesa, no ya, tan sólo, a la ilustre pléyade de ideólogos y teorizantes; sino que a muchos propagandistas de primera línea que, por exceso de celo o pasión, incurran en partidismos de sus adeptos, intérpretes y sectarios, negándose a sí mismos, doctrinal e instintivamente; como rebeldes e ideólogos.

«La historia de un pueblo cualquiera—y por lo tanto, la nuestra, según Altamira—, no es más que su psicología en acción. Precisar aquella, es precisar ésta. Por ello podemos preguntarnos qué es, en la vida de los pueblos, lo verdaderamente fundamental para cada individuo y para la convivencia social de todos: ¿Las formas teóricas del vivir aceptadas formalmente, o los impulsos internos que a menudo se traducen en actos contrarios a esas formas?» (13).

«Nuestro carácter—dice Mariatega—abunda en tendencias contradictorias. Es duro y humano, resignado y rebelde, energético e indolente. Y es que, en realidad, es espontáneo y completo y, por consiguiente, permite la manifestación de todas las tendencias que componen al microcosmo humano...» (9).

Y, de esas contradictorias tendencias, ¿sólo desventuras se desprenden? ¿En modo alguno! En nuestro carácter se da de todo, como en la vida del Señor; el británico Pritchett anotó: «Somos tan nobles como el Rey, pero no tan ricos. El igualitarismo de los españoles no se parece a la ciudadanía de los franceses, ni al anonimato democrático de los ingleses y norteamericanos, tratando de esconder nuestras diferencias. El español vive en castas; no en clases, y su igualdad—la única verdadera igualdad que he hallado en el mundo—, es en el sentido de nobleza o más bien, en el sentido de absoluta igualdad personal.» (4).

«Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente a manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el devenir, el más allá que se aleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo corramos más de prisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.» (Mella: «Ideario.»)

Gustamos de anotar coincidencias; sobre manera, si quienes las producen discurren en aparente discrepancia, desde dispares puntos de mira y para un público distinto, aunque en el mismo solar y atenazados por idéntica preocupación: la libertad sin trabas. Para Unamuno y Mella el único objetivo es el hombre en sí, su individualidad u hombridad.

rebelia; ni Dios ni amos; para él todos los hombres son iguales, tan idénticos y equitativos, que no se dejarán absorber ni confundir. Cada uno, de cada uno. He ahí el español de solera, objeto de estudio, yendo de la afirmación a la negación y viceversa. Su filosofía pudiera ser aquella que, de la paradoja, hiciera altar. He aquí, a Unamuno y Mella, rindiendo culto a la contradicción:

«La vida es lucha y la solidaridad para la vida es lucha y se hace en la lucha. No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros, son nuestras discordias. Y lo que más le une a uno consigo mismo, lo que hace la unidad íntima de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas. Sólo se pone uno en paz consigo mismo, como Don Quijote, para morir.» — Unamuno (5).

«Todo, hechos, sucesos, sentimientos, ideas, aparecen como si tuviera dos caras, dos términos opuestos e irreconciliables. Pudiera decirse que el principio de la contradicción es la esencia de la vida misma...» «En medio de las aspiraciones de renovación social, la tendencia asociacionista y la tendencia autonómica libran desigual combate. Los ideales van desde la afirmación de la individualidad independiente hasta la consagración de la masa, de la colectividad todopoderosa...» — Mella (8).

Por doquiera encamisa sus pasos el hombre rebelde, ansioso de individualidad, topará con la descomunal paradoja, circunscribiéndole la que emerge y es parte integrante. Intúyese que millares de filántropos visionarios, durante milenios, hayan extenuado sus cerebros elaborando doctrinas que ha-

«En la vida humana, todo es relativo. Lo que hoy es un bien, mañana puede ser un mal. Lo que hoy es una gloria, mañana puede ser una vergüenza. Lo que hoy es una vida, mañana puede ser una muerte.» (14).

«En cualquier español, sin otro adjetivo, si cabe, que el de ser españolidad, tan pronto descubre indicios de individualidad social, descuella el anarquista. ¿Qué clase de anarquista? La respuesta es obvia: el anarquista nato, indígena, étnico, español y sólo por ser español. Y, ¿cuál es su actitud ante el concierto social? De indómita

rebeldía; ni Dios ni amos; para él todos los hombres son iguales, tan idénticos y equitativos, que no se dejarán absorber ni confundir. Cada uno, de cada uno. He ahí el español de solera, objeto de estudio, yendo de la afirmación a la negación y viceversa. Su filosofía pudiera ser aquella que, de la paradoja, hiciera altar. He aquí, a Unamuno y Mella, rindiendo culto a la contradicción:

«La vida es lucha y la solidaridad para la vida es lucha y se hace en la lucha. No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros, son nuestras discordias. Y lo que más le une a uno consigo mismo, lo que hace la unidad íntima de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas. Sólo se pone uno en paz consigo mismo, como Don Quijote, para morir.» — Unamuno (5).

«Todo, hechos, sucesos, sentimientos, ideas, aparecen como si tuviera dos caras, dos términos opuestos e irreconciliables. Pudiera decirse que el principio de la contradicción es la esencia de la vida misma...» «En medio de las aspiraciones de renovación social, la tendencia asociacionista y la tendencia autonómica libran desigual combate. Los ideales van desde la afirmación de la individualidad independiente hasta la consagración de la masa, de la colectividad todopoderosa...» — Mella (8).

Por doquiera encamisa sus pasos el hombre rebelde, ansioso de individualidad, topará con la descomunal paradoja, circunscribiéndole la que emerge y es parte integrante. Intúyese que millares de filántropos visionarios, durante milenios, hayan extenuado sus cerebros elaborando doctrinas que ha-

«En la vida humana, todo es relativo. Lo que hoy es un bien, mañana puede ser un mal. Lo que hoy es una gloria, mañana puede ser una vergüenza. Lo que hoy es una vida, mañana puede ser una muerte.» (14).

«En cualquier español, sin otro adjetivo, si cabe, que el de ser españolidad, tan pronto descubre indicios de individualidad social, descuella el anarquista. ¿Qué clase de anarquista? La respuesta es obvia: el anarquista nato, indígena, étnico, español y sólo por ser español. Y, ¿cuál es su actitud ante el concierto social? De indómita

rebeldía; ni Dios ni amos; para él todos los hombres son iguales, tan idénticos y equitativos, que no se dejarán absorber ni confundir. Cada uno, de cada uno. He ahí el español de solera, objeto de estudio, yendo de la afirmación a la negación y viceversa. Su filosofía pudiera ser aquella que, de la paradoja, hiciera altar. He aquí, a Unamuno y Mella, rindiendo culto a la contradicción:

«La vida es lucha y la solidaridad para la vida es lucha y se hace en la lucha. No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros, son nuestras discordias. Y lo que más le une a uno consigo mismo, lo que hace la unidad íntima de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas. Sólo se pone uno en paz consigo mismo, como Don Quijote, para morir.» — Unamuno (5).

«Todo, hechos, sucesos, sentimientos, ideas, aparecen como si tuviera dos caras, dos términos opuestos e irreconciliables. Pudiera decirse que el principio de la contradicción es la esencia de la vida misma...» «En medio de las aspiraciones de renovación social, la tendencia asociacionista y la tendencia autonómica libran desigual combate. Los ideales van desde la afirmación de la individualidad independiente hasta la consagración de la masa, de la colectividad todopoderosa...» — Mella (8).

Por doquiera encamisa sus pasos el hombre rebelde, ansioso de individualidad, topará con la descomunal paradoja, circunscribiéndole la que emerge y es parte integrante. Intúyese que millares de filántropos visionarios, durante milenios, hayan extenuado sus cerebros elaborando doctrinas que ha-

«En la vida humana, todo es relativo. Lo que hoy es un bien, mañana puede ser un mal. Lo que hoy es una gloria, mañana puede ser una vergüenza. Lo que hoy es una vida, mañana puede ser una muerte.» (14).

«En cualquier español, sin otro adjetivo, si cabe, que el de ser españolidad, tan pronto descubre indicios de individualidad social, descuella el anarquista. ¿Qué clase de anarquista? La respuesta es obvia: el anarquista nato, indígena, étnico, español y sólo por ser español. Y, ¿cuál es su actitud ante el concierto social? De indómita

rebeldía; ni Dios ni amos; para él todos los hombres son iguales, tan idénticos y equitativos, que no se dejarán absorber ni confundir. Cada uno, de cada uno. He ahí el español de solera, objeto de estudio, yendo de la afirmación a la negación y viceversa. Su filosofía pudiera ser aquella que, de la paradoja, hiciera altar. He aquí, a Unamuno y Mella, rindiendo culto a la contradicción:

«La vida es lucha y la solidaridad para la vida es lucha y se hace en la lucha. No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros, son nuestras discordias. Y lo que más le une a uno consigo mismo, lo que hace la unidad íntima de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas. Sólo se pone uno en paz consigo mismo, como Don Quijote, para morir.» — Unamuno (5).

«Todo, hechos, sucesos, sentimientos, ideas, aparecen como si tuviera dos caras, dos términos opuestos e irreconciliables. Pudiera decirse que el principio de la contradicción es la esencia de la vida misma...» «En medio de las aspiraciones de renovación social, la tendencia asociacionista y la tendencia autonómica libran desigual combate. Los ideales van desde la afirmación de la individualidad independiente hasta la consagración de la masa, de la colectividad todopoderosa...» — Mella (8).

Por doquiera encamisa sus pasos el hombre rebelde, ansioso de individualidad, topará con la descomunal paradoja, circunscribiéndole la que emerge y es parte integrante. Intúyese que millares de filántropos visionarios, durante milenios, hayan extenuado sus cerebros elaborando doctrinas que ha-

«En la vida humana, todo es relativo. Lo que hoy es un bien, mañana puede ser un mal. Lo que hoy es una gloria, mañana puede ser una vergüenza. Lo que hoy es una vida, mañana puede ser una muerte.» (14).

«En cualquier español, sin otro adjetivo, si cabe, que el de ser españolidad, tan pronto descubre indicios de individualidad social, descuella el anarquista. ¿Qué clase de anarquista? La respuesta es obvia: el anarquista nato, indígena, étnico, español y sólo por ser español. Y, ¿cuál es su actitud ante el concierto social? De indómita

rebeldía; ni Dios ni amos; para él todos los hombres son iguales, tan idénticos y equitativos, que no se dejarán absorber ni confundir. Cada uno, de cada uno. He ahí el español de solera, objeto de estudio, yendo de la afirmación a la negación y viceversa. Su filosofía pudiera ser aquella que, de la paradoja, hiciera altar. He aquí, a Unamuno y Mella, rindiendo culto a la contradicción:

«La vida es lucha y la solidaridad para la vida es lucha y se hace en la lucha. No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros, son nuestras discordias. Y lo que más le une a uno consigo mismo, lo que hace la unidad íntima de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas. Sólo se pone uno en paz consigo mismo, como Don Quijote, para morir.» — Unamuno (5).

«Todo, hechos, sucesos, sentimientos, ideas, aparecen como si tuviera dos caras, dos términos opuestos e irreconciliables. Pudiera decirse que el principio de la contradicción es la esencia de la vida misma...» «En medio de las aspiraciones de renovación social, la tendencia asociacionista y la tendencia autonómica libran desigual combate. Los ideales van desde la afirmación de la individualidad independiente hasta la consagración de la masa, de la colectividad todopoderosa...» — Mella (8).

Por doquiera encamisa sus pasos el hombre rebelde, ansioso de individualidad, topará con la descomunal paradoja, circunscribiéndole la que emerge y es parte integrante. Intúyese que millares de filántropos visionarios, durante milenios, hayan extenuado sus cerebros elaborando doctrinas que ha-

# ESPAÑA LIBRE

CNT - ORGANÓ de la CONFEDERACION NACIONAL del TRABAJO de ESPAÑA - AIT

Dirección: R. LIARTE - Giras a "España Libre" C.C. 346-29 Toulouse, Redacción y Administración: 47, Rue Jonquières, Toulouse - Administrador: F. ROBERT

## DESDE PARIS RESENTIMIENTOS Y REALIDADES

La entrada de la España fascista en la U.N.O. ha producido en la Península Ibérica un confusiónismo formidable. Franco esperaba que esta admisión se produjese bajo la órbita de los Estados Unidos, pero nunca a base de la propensión de Rusia. Pero como ha sido así, el desconcierto en la Falange, monárquicos y militares, continúa siendo inconcebible. Y no digamos de la Iglesia. La prueba está en la significación del discurso del tirano de España con motivo del Año Nuevo, que no tiene desperdicio, diciendo: «La unidad es una necesidad de la vida permanente, cualquier atentado contra la unidad del país pondrá a éste en trance de muerte.»

Y añade: «Rondan siempre como lobos disfrazados de corderos, dispuestos a ensañar las manos para que parezcan blancas, dispuestos incluso a hipotecar las sagradas...» «Soñadores de desnaturalización de España, internacionalistas de varias internacionales, están siempre dispuestos a crear fisuras primero, a ensancharlas después y convertirlos en grietas y, finalmente, a salvar la entrada del enemigo en la fortaleza, satisfechos de su azar.»

Para un observador objetivista y conocedor del temperamento nacional, esta fraseología de Franco lo dice bien claro, tan claro, que no admite ninguna duda. El país está cansado de Franco. Y aunque la prensa lo ensalce este año como Je-

fe del Reino, fijaros bien, marca su discurso la evidencia concreta y contundente de los deseos profundos de un cambio en el país. Pero por si esto fuera poco, tenemos a nuestra vista un número de el periódico

bierno franquista de inmoralidad y detestan la actual estructura económica y social del país. Y solamente el 20 por ciento aceptan el régimen totalitario imperante. Tal es la conclusión de un son-

daje organizado por el gobierno franquista a 400 estudiantes pertenecientes a diversas facultades superiores de enseñanza.

Es el primer sondeaje, sigue diciendo «L'Express», que ha hecho el Servicio de Información por medio de interciús y cuestionarios es-

critos. Con referencia al gobierno Franco, las respuestas han sido las siguientes: 74 por ciento de los estudiantes han declarado que los miembros del gobierno hacen falta de incompetencia, de ligereza, de afliciones y de ignorancia. Creativamente, el 85 por ciento del gobierno de Franco de inmor-

talidad. Sobre la jerarquía militar, 70 por ciento de estudiantes le consideran incompetente e ignorante. Sobre la educación universitaria, el 67 por ciento se queja como generación sin maestros, rituales y acusa a los actuales profesores de oportunistas, hipocritas, además, de no tener ninguna elevación de su misión en la enseñanza. Y sobre la jerarquía católica, el 52 por ciento la acusa de inmundicia, de vanidad y de ambición mundana. El 65 por ciento cree que la Iglesia no se preocupa nada de la triste suerte de la obra.

«El gobierno fascista, al conseguir el resultado de este sondeaje, se quedará atónito. Y es por eso que, en su discurso-mensaje del mes de Año, acaba de haberlo ha hecho. Por otra parte, es lo que se hace para la España que vive la vida en el interior del (ninguna provincia exceptada) precios de todos los artículos aumentando de día en día a una locidad vertiginosa, tanto es que la prensa aconseja ya con letras de molde: Denunciar, denunciar. Con todo este panorama, el gobierno de Franco se encuentra plazado en el descrédito, la infianza y el desprecio de todo el mundo. Y cualquier asunto de mera importancia puede producir una explosión de cólera.»

Estas son las perspectivas de los contentados para el año que viene en el régimen de Franco. Balance catastrófico. Sigamos unidas todas las fuerzas del por lo que pueda ocurrir.

Victor SANZ.

## LOS "HIJOS DE PAPA" y otras cosas

(Viene de la página 1.)

venidas del campo argentino, cuyo atraso cultural es muy superior al de los países europeos, y cuya vida se vio, por tanto, como milagrosamente transformada al conjunto de una verdadera varita mágica, por el peronismo. Nada tiene de extraño, pues, que esta gente, sin ninguna formación ni conciencia social, sea peronista; pero el obrero consciente no lo es, y varias y muy importantes fueron las huelgas a que el peronismo hubo de hacer frente a lo largo de su existencia.

En realidad, el elemento verdaderamente progresivo del país estaba contra el peronismo. Y en este elemento progresivo, figuran, como factor de primer orden, los estudiantes. Pero estos «hijos de papa», como despectivamente se les trata en la crónica, merecen párrafo aparte, y por sí solos, hubieran justificado plenamente la rectificación, para reparar la enorme injusticia de que han sido víctimas por parte del cronista que, a buen seguro, no les conoce.

En efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

En este efecto, los antecedentes de estos «hijos de papa» fueron los iniciadores del movimiento de reforma universitaria que repercutió en todos los países hispanoamericanos, sirviendo como levadura del progreso y de nuevas inquietudes en la vida de todos ellos. Estos «hijos de papa» han sido los más activos opositores del peronismo y han sufrido continuas persecuciones, malos tratamientos, cárcel y emigración, aunque ésta no haya sido tan dura en este país verdaderamente acogedor, como la sufrida por otros exiliados en países que llevan la fama, pero no el cardán, la lana. Estos «hijos de papa» fueron los que con más ahínco se opusieron, en el último congreso internacional estudiantil, al ingreso del S.E.U., y cuando hubo bofetadas y algo más, en Buenos Aires, contra los falangistas, participaron activamente, al lado de nuestros antifascistas, no pocos de estos «hijos de papa». Y para terminar una enumeración que podría ser mucho más detallada, la mayor parte de estos «hijos de papa» son libertarios o simpatizantes con nuestras ideas, imponiendo a la Federación una orientación profundamente progresista y antitotalitaria. Nos parece que esta actitud en quienes tienen una relativa seguridad económica o la poseen plena, merece más alabanzas que desprecios. Y si, después de todo esto, alguien cree que los estudiantes organi-

zados de la Argentina pueden seguir siendo considerados «hijos de papa», tendremos que conocer en los próximos días a los maxistas quienes tienen razón al juzgar que el nacimiento en la clase burguesa es una especie de pecado original que nada puede lavar, se piense lo que se piense o se haga que lo que se haga.

Se podrá argüir que las convenciones revolucionarias se marchitan en muchos ante los embates de la vida. Esto es cierto, y ellos mismos lo reconocen. Pero esto no impide que en el presente sean sinceros. Y, por otra parte, recapacitemos, antes de lanzarles nuestra piedra, que no pocos compatriotas nuestros «revolucionarios probados», han visto también marchitarse sus convenciones y algo más tan pronto como las circunstancias les han permitido dejar de serlo. Debemos ser, por tanto, un poco más tolerantes con las flaquezas de los demás y un poco menos precipitados al juzgar un movimiento colectivo que no se conoce.

## PEPITAS AL SURCO

Nuestros antepasados y nuestros sucesores son hermanos; la historia nos ata a todos.

Hay cosas que saltan a la vista cuando quien las mira no se hace el ciego.

Difícilmente se vuelve a la vida cuando uno se considera casi muerto.

Aprovecha cuanto puedas la juventud para